

---

## Entre la fe y el costo de vivir

---

Semana Santa suele un momento de pausa. Un tiempo de recogimiento, tradiciones familiares y reflexión espiritual. Las mesas se llenan de pescado y mariscos, el turismo llega a la zona, y por unos días parece que el ritmo cotidiano baja la intensidad. Sin embargo, en los últimos años -y especialmente este- esa pausa convive con una preocupación cada vez más presente: el costo de la vida.

El reciente aumento en el precio de los combustibles vuelve a instalar una tensión evidente. Viajar, algo tan propio de estas fechas, se transforma en una decisión que ya no es solo emocional o espiritual, sino también económica. Familias que antes se desplazaban sin pensarlo dos veces hoy calculan, comparan o simplemente desisten. El combustible, que mueve no solo vehículos sino también buena parte de la economía, termina impactando mucho más allá del volante.

La consecuencia es amplia. Aumenta el costo del transporte de alimentos, suben los precios en ferias y mercados, y productos tradicionales de Semana Santa -como pescados y mariscos- pueden encarecerse, afectando tanto a comerciantes como a consumidores. Lo que debería ser un tiempo de encuentro se ve atravesado por decisiones de ajuste, donde cada gasto cuenta.

Pero quizás aquí es donde aparece una oportuni-

dad de reflexión más profunda. Semana Santa no solo invita a mirar lo espiritual desde lo religioso, sino también a cuestionar nuestras prioridades como sociedad. ¿Qué significa hoy «descansar» o «compartir» cuando el acceso a ello depende cada vez más del ingreso? ¿Cómo se vive la tradición cuando el contexto económico la tensiona?

También es un momento para observar las desigualdades que se hacen más visibles en estas fechas. Mientras algunos pueden mantener sus costumbres sin mayores cambios, otros deben adaptarlas o renunciar a ellas. Y en ese contraste, el sentido original de estas celebraciones -la empatía, la austeridad, la solidaridad- cobra aún más relevancia.

Tal vez esta Semana Santa, marcada por el alza de los combustibles, nos empuje a resignificar la forma en que la vivimos. Menos centrada en el desplazamiento y el consumo, y más en lo esencial: el tiempo compartido, la reflexión personal y la conexión con los otros.

Porque, al final, el verdadero viaje que propone esta fecha no necesariamente requiere moverse kilómetros, sino detenerse -aunque sea un momento- a mirar con más conciencia la realidad que nos rodea.